

Ulises Varsovia

D o s C i u d a d e s

(Valparaíso – Temuco)

Territorio

Congregación de arrecífica espuma
reverberando en el brutal encuentro
de airada sal procelaria
elevando su racha combativa
y su oscuro pedernal, su granito
roído en el combate milenario.

En el Sur Austral el planeta
ímpetu de indómitos elementos
vociferando su bélica ira,
contra un somnoliento territorio
de verde prosapia terrestre
creciendo en el rumor oceánico.

Inmóviles de pétrea dignidad
los albos macizos dentados
sacudiendo la alta atmósfera
de pura presencia sauria
animada de fuego vaginal,
sólidos en su dura obediencia
de hieráticos custodios de piedra
sosteniendo el peso planetario.

Titánico el azul Bío-Bío
reuniendo en la nieve impoluta
su preclaro volumen migratorio,
límpido y rumoroso, jocundo
de hidráulica efusión, de alturas,
de cimas, de filudos ventisqueros,
de derrames, de cabelleras de plata,
vital y voluble y varonil cantando.

De la umbrosa selva el puma raulí,
el puma mañío, el puma peumo,
el puma coigüe, salvaje floración,
elástico retoño de intemperie
austral, de humedad y follaje,
imperial, volcánico, fosforescente.

A la vastedad lunar de arenas
cenicientas, de cales calcinadas,

de minerales briosos y exhaustos
 en su contenida reciedumbre,
 en su dormecido poderío,
 y el pie temblorosa huella
 sobre el gastado escenario de guerras
 planetarias convulsionando el mundo,
 sumergiendo los pantanos cuaternarios.

Allí pues el sol su lamido
 de mortal aliento ferruginoso,
 el sol su implacable cristalería
 de alhajas térmicas sedimentándose,
 y el viento nocturno una mano fría
 aplastando los sustratos calcáreos,
 hasta que puro semblante estepario
 hostilizando el polen de las cordilleras.

Patria, entre dos zonas de dura hostilidad
 tu rugoso ombligo irrigado
 de populosas linfas serranas,
 tu ópimo suelo de sedimentos
 precámbricos, de zumos infiltrados
 elevando la vid otoñal nutrida
 de misteriosas materias órficas,
 germinando en néctar y verdurerías,
 en tubercular glucosa y cúpulas
 resumiendo los ácidos terrestres.

Ah, tu alba multitud semental,
 tu cabellera bruñida meciendo
 sus ondas de gramíneo fulgor,
 recogiendo en cápsulas terrestres
 el oro astral del húmedo rocío,
 los vaginales caldos filtrados.

Por tu forma enjuta recortada
 mi derrame de ríos patriarcales,
 mi profusión de perfumes terrestres
 emanando del dormecido follaje,
 mi exhalación de viejos efluvios
 buscando tus surcos aurales,
 mi canto de pastor nocturno,
 mi amor de hijo innumerable.

Por tu enjuta figura espumosa
mi propia espuma restallada,
mi propia sal racial soterrada
abierta ahora en el viento guerrero,
mi propio asalto de olas inauditas,
de peces inauditos congregándose,
de moluscos monacales difundidos,
de patagónicos pumas totales,
de aguerridos cóndores de piedra,
de lluvias y lluvias milenarias.

De dónde, Patria, de dónde, de dónde
tu magnético don de imán terrestre
reuniendo a tu grey por el mundo errante
en torno a tus azules estandartes,
en torno a tus hirsutas cabelleras,
en torno a tus vides olorosas,
en torno a tus copihues ensangrentados,
en torno a tus piedras innumerables,
en torno a tu grito de asediada noche.

Mi amor aquí a tu invisible llamado,
mi amor a tu multitud dispersa,
mi amor a tu profético hado,
mi amor a tus proteicas gredas,
mi amor a tu alarido planetario,
mi amor a ti en la paz y en la guerra.

I

Valparaíso

1. Calles de Valparaíso

Calles de Valparaíso,

¿cuántas veces deberé
trepar tus gastadas escaleras,
cuántas veces mis cansados pies
fatigarán sus resistencias
errando por tus arenas,
acariciando tu dormida piel?

¿Cuántas veces éstos, mis labios,
nombrarán tus nombres de memoria,
cuántas veces con mis manos
tocaré tus piedras rotas,
y me verá tu temblorosa
noche cósmica en llanto derramado?

¿Hasta cuándo por tu laberinto,
hasta cuándo mis ojos viajeros
por tus miembros retorcidos,
por tu caótico delineamiento
buscarán la anémona del sueño,
buscarán los pasos perdidos?

¿Hasta cuándo oleré tus líquenes,
hasta cuándo besaré tus árboles,
hasta cuándo rezaré a tus vírgenes,
hasta cuándo bajaré a tus cauces,
hasta cuándo mis pies sangrantes
recorrerán tus arduos límites?

¿Hasta cuándo ambularé sonámbulo
por tus rostros inconfundibles,
por tus ligamentos quebrados,
por tu trama de arrecifes
donde mis navíos tristes
encallan sin hallar los pasos?

Calles de Valparaíso,

¿hasta cuándo subiré a tus cimas
gritando los nombres olvidados,

y descenderé hasta tu orilla
interrogando al mar airado,
y recorreré todos tus ángulos
con mi fervor de fe peregrina,

para que tus piedras me reconozcan
y me reconozcan tus escaleras,
para que desde tu historia
se eleve mi nombre de niebla,
y mis sumergidas huellas
emerjan, y mi regreso acojan?

¿Cuántas veces deberé tocar
con mis dedos tu sórdida piel,
con mis labios tu nocturna faz,
con mis gritos tu dormida grey,
con mis pies tus ateridos pies,
con mi sueño tu sueño de cristal,

para que despierten tus ánimas,
para que tus casas se despierten
y me abran sus puertas gastadas,
y den asilo al hijo doliente,
y den techo a mi intemperie,
y acojan mis pasos sin patria?

Calles de Valparaíso,

recorreré tu fantasmal laberinto,
recorreré tus rumbos dislocados,
hasta ser por ti reconocido,
hasta encontrar los nombres olvidados,
hasta dar hogar a mis pasos,
hasta hallar los pasos perdidos.

2. En vano

En vano las calles
allí todavía,
en vano los cerros
dispersos en su reunión
bajo el cielo inmóvil.

En vano el mar bravío
muerde la costa con ira
reclamando al hijo ausente.

En vano el ausente
vaga por las calles rotas,
se asoma al balcón lunar,
interroga a las olas.

En vano tu muchedumbre
ensordece los mercados,
recoge del mar sus peces,
urde sus nocturnos viajes.

En vano tus iglesias
guardan sus antiguas preces
encendidas de cirios,
espectantes de rostros,
frías las manos de Dios.

Madre multitudinaria,
un hijo tuyo a tus ubres
con su sed de nauta errante,
un hijo de tu sal,
de tu racha oceánica
a tus redentoras ubres,

y en vano los gritos,
en vano los gemidos
del opaco fantasma
por tu profusión radial,
sabiendo todos los nombres
e imposiblemente perdido.

3. Regresara el mar

Regresara el mar,
el mar otra vez
con su misterioso
rumor marino,
regresara el sonido
de su pulmón de sal
pegado a mi oído.

Fuera el invierno atroz
con sus caballos locos
asaltando la costa,
galopando en el viento
con sus blancas crines
de espuma crispada.

Sonara su garganta
de inauditos registros
en la gris dimensión
del multiforme anfiteatro.

Asomaran de pronto
tus naves fantasmas
en la épica tempestad,
y aullaran su aullido
de cetáceos de niebla
heridas de racha boreal.

Salieran del mar,
emergieran del agua
colérica de invierno,
asomaran sus hijas
de senos de nácar,

vinieran en el temporal
las doncellas marinas
temblorosas de frío,
húmedas de agua lunar,

y estamparan sus besos
de sol tremolante,
y ungieran mi cuerpo
de espuma genital.

Y ciñeran mi frente
de anémonas albas,
y mecieran mi sueño
de música oceánica,
y sellaran mis labios
con sus labios de algas.

Regresara el mar,
el mar otra vez,
con su enorme misterio
de ruidos de invierno,
y me llevara al fondo
de su vientre materno.

4. Madre-ciudad

Madre-ciudad,
madre estremecimiento
de cósmicas cuerdas
por tus dedos pulsadas.

Un arrebató de espuma
ondeando en tu frente
de inmaculada luz astral
en la sal recamada,

un trueno de granito
ciñendo tu pretil
de intacto escalofrío
con su latido de piedra.

Madre-ciudad,
madre desgarro atroz
de vidas naufragando
en tu pulsación vital,

la noche tu cabellera
de disgregado azogue,
ondulando en el huracán
de astrales potencias.

El infinito lleno
de ensimismados planetas
girando en su rotación
de precisa horología,

y tus dedos emanación,
tus dedos prestidigitación
pulsando el universo
con su varita de sal.

Madre-ciudad,
madre desprendimiento
de mágicas corrientes
latiendo en la geografía,

un trozo azul de ti,

un trozo de tu misterio
errante por el planeta
con tu azul persecución,

y en ti un estremecimiento
de madre inconclusa,
levantando señales
de espuma resquebrada.

5. Laura en el viento

Laura la voz, Laura el aroma
de la noche portuaria intrincada,
indescifrable en su urdimbre
de vaho salino, alcohol noctambular
y emanación sexual aflorando
de sórdidos lechos jadeando
en el misterio umbral de un pueblo
extraviado en la omnipotencia marina.

La penumbra mortecinos jirones,
la tibia oscuridad rasgada
por el celo tutelar selenita,
desgarrado su hábito luctuoso
bajo el brillo de astros relampagueantes.

Toda la tempestad ozónica
sobre el desamparo de una vida
quebrada en su sostén cardinal,
y Laura la voz inaugural,
Laura clámide de áspero brillo
relampagueando de sal fecundicia.

Laura en el viento torrente
girando sus aspas de molino loco,
Laura la tempestuosa ola encrespada
repartiéndose en espumas en la arena.

Laura la boca frenética
frenéticamente transmitiendo,
frenéticamente acoplada en cruz,
revolviendo fechas, llantos, ensueños,
domicilios, lluvias, fallecimientos,
memoria, lucidez, conciencia.

Una única hoguera torrencial,
una estampida de tumultuosas llamas
iluminando de ávidos destellos
mi interior de anónimo domicilio
enclavado en cumbres y acantilados,
un único golpe de sal y antracita,

de plenitud mineral burbujeante
en la gruta de piedra detenida.

Por un cuerpo de luz palpitante
mis labios de embriaguez de ciego
recién aprendiendo a borbotones,
y aferrado a su navío vegetal,
un sorbo de rutas, de lucidez náutica
en la noche portuaria rodeándonos.

Laura el aroma de virgen tutelar
cimbrando sus ópimos manantiales,
y allí el náufrago su larga sed
seca y salvaje entre las peripecias,
cabalgando hasta las últimas lindes.

Ahora silencio, ahora homenaje
de taciturnos seres revolviendo
las frías cenizas infructuosas,
infructuosamente taciturno.

Laura la voz, Laura las palabras,
Laura extinta centella parpadeante.

6. En los últimos mares

A la intacta memoria
en busca de los besos,
en busca de un cuerpo lácteo
latiendo bajo mi avidez
con sus tibios surtidores,
allá, en los últimos mares.

Un rápido torbellino
su quemante proximidad,
y en él el solitario
animal de los cerros,
el dormido hijo del mar
girando entre las olas,
apenas apareciendo.

Desde un túnel con voces
misteriosas llamándome,
desde misteriosos sueños
arrastrándome al mar,
jalando de mis brazos,

y en su luminosidad
los límpidos alfabetos,
la flor flor, la noche
nuestra secreta mortaja.

Después crueles distancias
su sostenida persecución,
después áridos viajes,
el ritmo planetario
imponiendo obediencia,
el amargo pan natal.

A la límpida memoria
en busca de aquellos besos
fijos en la eternidad.

Y en los últimos mares
las olas fatigadas,
el agua meditándose,
el olvido de la eternidad.

7. Nadie

Sería el golpe sordo
de un caballo a galope
cruzando las planicies,
desbocado en el viento,
ebrio en la libertad
de las pampas desplegadas.

O el desgarrador aullar
de los lobos cautivos
en el halo de la luna,
cantándole en trance
su salvaje ofrenda
de acato planetario,
solitarios en la soledad.

Sería el metálico ulular
de tormentas australes
lidiando en la atmósfera
su titánico batallar
de olímpicas deidades,
de indomeñables fuerzas
quebrantando el planeta.

Sería la música atroz
de imponentes cataratas,
vaciando hasta el infinito
la apretada plenitud
de las notas del agua.

¿O sería el pájaro-aurora,
el pez-nunca-despertar,
la luciérnaga chisporroteante,
el incendio volante
del colibrí en llamas,
del quetzal incendiando
su plumaje azteca,
de la flor del sueño
filtrando su mágica alquimia?

¿O el escarabajo rey,

el dentado monarca
imperando en el sotobosque,
sometiendo a sus tenazas
coleópteros y arañas?

O la efímera, tal vez,
la presurosa alada
comprimiendo su vida
en un guiño de luz astral.

Cruzaríamos por años
la enferma piel del planeta,
en vano atisbaríamos
los movimientos terrestres
desvelados en las pampas,
húmedos en los trópicos
de espeso vaho silvestre,
trémulos en la nieve,
delirando espejismos
en la seca inmensidad.

En vano por los mares
midiendo la velocidad
de fugitivas estrellas,
amarrados a la noche
con todos los sentidos
erizados de ansiedad.

Nadie río, nadie paloma,
nadie cavidad del viento,
nadie flor plenipotenciaria
amamantando abejas,
nadie conífera augusta
clavada en el tiempo
con vestes milenarias,
nadie melena en actitud real,
nadie piedra, raíz, grito prístino,
nadie, nadie, nadie, nadie.

8. Sueño boreal

De entre tus pétalos
de húmedo color marino,
de entre tus párpados
apretando el sueño,

de entre las recias plumas
de tu viril penacho,
de entre las crines albas
de tu cabellera,

de entre tus tritones,
de entre tus doncellas,
de entre tus alhajas
ornadas de estrellas,

de entre tus ampollas
de cerriles zumos,
de entre tus maderas
viajando en el humo,

de entre tus perfumes
de otoñales frutos,
de entre el fresco pubis
de genitales moluscos,

de entre tus muchachas
de oscuro ramaje
deshojando sus días
hacia la madre,

de entre tu población
de rostros ondulantes
asomada a la extensión
de sal inabarcable,

un sólo escalofrío
de tu cósmica intemperie,
para mi sueño boreal
asediado de nieve.

9. Hijas del mar

Del agua saldrán,
de la mar amada
sonando sus campanas
de ronco metal.

Emergerán desnudas
portando coronas
de oceánicas rosas,
ungidas de bruma.

Extenderán sus brazos
de palidez marmórea,
y ceñirán mis horas
de vencidos plazos.

Se acercarán cantando
con fúnebre timbre,
y sus labios tristes
besarán mis labios.

Y me harán un lecho
de flores nocturnas,
y bajo la luna
danzarán plañendo.

Me llevarán consigo
de regreso al agua,
y en su oscura entraña
seguiré dormido.

Y mil años de sal,
mil años oceánicos
dormiré arrullado
por las hijas del mar.

10. Sitio postrero

¿A cuál de tus cerros,
Valparaíso,
a cuál de tus castillos
tocando el cielo
debo regresar?
¿Dónde debo buscar
el sitio postreto
para mis huesos,
mi hogar final?

¿Dónde depondrán mis años
su oceánica carga
de bardo del alba
en ti despertado
un día invernal?
¿Dónde, amada ciudad,
besarán un pedazo
de tu tierra mis labios
y se dormirán?

¿En cuál de tus reductos
ondeados por el mar
se le dará hogar
a mis pasos sin rumbo
un día cualquiera?
¿Dónde, madre primera,
acogerás mi oscuro
destino en el arrullo
de tu voz marinera?

¿Y quién dirá los rezos,
quién dirá una plegaria
por la errante alma
de tu hijo viajero
vuelto al hogar?
¿Quién vendrá a sellar
mi sitio postrero
bajo todos los besos
de la materna mar?

11. El ángel del sueño

Por Valparaíso pasa
el ángel del sueño.

Por Valparaíso, ahora,
cuando todos los relojes
al punto cero.

Algo, algo me ciñe,
algo apaga mis ojos,
y me sumerge en un abismo
de dulces besos.

Es una ola, un ruido
de espuma chisporroteando,
quebrando sus blancas alas
contra el cielo.

Un ángel implacable,
un ángel con una espada
de fuego.

Pasa sobre racimos
de casas apiñadas
contra el suelo.

Algo, algo sacude
mis párpados de espasmos,
y suave los deposita
sobre su lecho.

Es una melodía
de pálidas sirenas
arrullando mis cuerdas
con su beleño.

Todas las horas señalan
el punto cero.

Va pasando por Valparaíso
el ángel del sueño.

12. Por mucho

Por mucho que navegaciones,
por mucho que travesías
y deslumbrantes ciudades
su irisada cristalería
parpadeando desde la orilla,

por mucho, puerto, ciudad,
escabroso navío nocturno,
por mucho que imponente catedral,
o milenarias ruinas de mármol,
o pirámide de cristal,
o torre de acceso a los cielos,

por mucho que océano mayor
meciendo en su vaivén las islas,
por mucho que el mar interior
donde Ulises su viajero exilio,
o los titánicos puertos
llenos de músculos de hierro,

por mucho, por mucho, ciudad,
Valparaíso, puerto
anclado en una tempestad
de telúrico estremecimiento,
por mucho que navegaciones,
siempre, siempre en el regreso,
siempre regresando a ti,
y siempre yéndome.

Porque por mucho que mis pies
por tus calles mi prístino hogar,
por mucho que en ti interrogar,
sólo el viento la voz maternal,
sólo la sal los besos secretos.

13. Desgarradamente

Desde tu lecho de piedra,
 escuchas la actitud del mar
 sacudir sus blancas sortijas,
 escuchas la atávica lluvia
 desgranar sus frías espinas,
 escuchas el recio aullido
 del viento desenredándose,
 o enredándose en los mudos cruces.

Escuchas bullir la efervescencia
 de la espuma en los acantilados,
 escuchas desgarrarse el cielo
 en eléctricos latigazos,
 escuchas del oceánico aliento
 cruzar sus coléricas alas
 sobre los cerros encaramados.

Flores frescas depositadas,
 florida jungla carmesí
 de lenguas centrífugas flameando,
 o rojo rumor de pétalos
 parpadeando su aroma matinal.

¿Escuchas mis pasos acercarse,
 me escuchas rasguñar la piedra,
 tocar con mis dedos las letras
 de tu nombre allí detenido?

¿Me escuchas llamarte, Madre,
 me escuchas llorar tras la piedra,
 y decir tu nombre entrecortado?

¿Escuchas mis pasos marcharse,
 y regresar, y besar la losa,
 y repetir tu amado nombre,
 y regar las frescas corolas?

Escuchas el mar, la lluvia,
 el largo aullido del viento.

¿Escuchas mi voz, me escuchas, Madre,

me escuchas llamarte quebrado,
roto ante tu hogar de piedra?

¿Me escuchas desgarradamente,
inconsolablemente lejano?

14. Nave del Sur

Natalicia nave del Sur
 encallada en la congregación
 de arrecifes cuaternarios ciñéndote,
 atando tu combada arboladura
 a una raíz de piedra viviente,
 vociferante en la roca tempestuosa.

El viento oceánico despliega
 tu velamen nocturno titntineante,
 y el zodíaco fosforescente
 marca tu ruta inmóvil girando
 en un océano azul sin orillas.

Amanece, y tu tripulación
 desmonta el andamiaje del sueño,
 y arroja por la borda sus redes
 aplacando con vírgenes desnudas
 la cólera del mar despojado.

Por el infinito azul tu nave
 sacudida por todas las tormentas,
 desgredada por todos los vientos,
 estremecida en el desasosiego
 de telúricas fuerzas polemizando.

Natalicio navío cruzando
 el nudo de la rosa de los vientos,
 atravesando el cósmico equinoccio
 con tu carga de pesado mutismo,
 absorto en tu épica epopeya,

dame un sitio bajo tu velamen,
 devuélveme mi roto domicilio,
 déjame bajar a tus bodegas
 con un caracol marino sonante
 a despertar a mi dormida tribu,
 a congregar a mi grey disgregada,
 a renacer entre tus nacimientos.

15. Duermevela

De repente despierto del sueño,
y voy trepando, Valparaíso,
tus alucinantes escaleras,
y calles cuyos borrosos nombres
se aferran aún, penosamente,
a mi desvanecida memoria.

Calles donde mi remota infancia,
donde mi perdida adolescencia
jugaron, corrieron con el agua,
gastaron tus pulidas piedras,
se impregnaron de urbano perfume.

Calles fantasmales me aparecen,
y recorro el misterio soterrado
de besos frescos aún en el tiempo,
de muchachas de poblado pubis
arrastrándome a puertas en penumbra,
a cuartos de atmósfera secreta
grabada para siempre en las pituitarias.

Trepo tus delirantes peldaños,
y el vértigo de la sal marina,
la conmoción de súbitas fachadas
repitiéndome de golpe el tiempo,
devolviéndome una oscura historia
que no viví, no viví, -y penetro
de nuevo en su gastado rodaje
con todos mis rostros recuperados.

Dime, dime, venerable puerto,
dormecida ciudad, Valparaíso,
dime si es cierto que fui el que fui,
dime si soy aquél que interrogó
el idioma del mar desde la altura,
dime si soy aquél que en tu orilla
desposó a la espuma en un rito
de húmedas algas ciñendo mi frente.

Dime si soy aquél, Valparaíso,
que vaga su joven orfandad

por tus calles sin fin recorridas,
 por tus muelles de agónicos peces,
 por tus cerros de urbana maraña,
 por tus playas de materno calor.

Dime si soy aquél que duerme
 en tu sórdido vientre de madrugada,
 y suenan en mí tus campanas,
 y me suena el mar sus sonidos,
 y me llaman sus sirenas blancas.

Sigo trepando tus escaleras,
 y una mano senil temblorosa,
 una mano de imborrable aroma,
 una mano tuya que conozco
 y más mía que todas las manos,

ay, una mano marchita en mi mano,
 una mano encarnada en mi mano,
 una mano de luz mortecina,
 una mano conmigo trepando,
 subiendo tus interminables gradas.

Ciudad-puerto, metrópolis del agua,
 capital de los vientos oceánicos,
 dime si es verdad que fui aquél que fui,
 dime si es cierto que en tu maraña
 desordenó mi destino sus rumbos,
 desorientó sus claves mi infancia.

Voy trepando sin fin tus escaleras,
 y sé que volveré, sé que debo
 caer de nuevo en el vaho del sueño,
 y dormir una eternidad de siglos,
 dormir estupefacientes, algas,
 dormir espumas, sal, marejadas,
 dormir lluvias, vientos oceánicos,
 dormir cementerios, iglesias,
 dormir todas, todas tus campanas.

16. Vuelo ritual

En Quebrada Verde
los acantilados,
se arrojan desde lo alto
al precipicio marino.

Se abren sus alas de piedra,
y desde la verde altura
cae su vuelo vertical,
y se hunde en el mar
húmedo de espumas.

Desde Quebrada Verde
un niño deslumbrado
descendió a la orilla.

Un niño hipnotizado
por el arrullo místico
de la voz marina.

Las aves oceánicas
oteaban los racimos
de peces fugitivos,
inmóviles, suspendidas
en el viento salobre,
en el aire sacudido.

Y sobre el precipicio
del vertical vacío,
sobre el atalaya
de los grises riscos,
abrió también su vuelo,
-y cayó en si mismo.

Un niño encandilado
por la azul maravilla,
bajó a los acantilados,
a la sonora orilla.

Y voló su vuelo
hacia el infinito
de la mar-sirena,
-y cayó en sí mismo.

17. Algún día

Cósmica tu litoral fluorescencia
de lámparas nocturnas parpadeando
en tu travesía transoceánica
más allá de las lindes del sueño,
sumergida bajo azules planetas
consumiendo su combustible eterno,
onírica y majestuosa, humeando
por todos tus secretos orificios,
ligera entre fantasmales tinieblas.

Algún día tus naves cumuladas
soltarán sus amarras en el viento,
y se irán por el océano sus velas
navegando en la niebla hacia todas
las direcciones de la geografía.

Se irá tu población alucinada
por las mismas rutas que otras naos
cruzaron hacia el ombligo del viento.

Y hallarán allí los mismos puertos,
el patrio suelo, las patrias arenas,
las mismas embarcaciones de cedro,
los viejos retratos en las paredes,
los mismos campos y los mismos templos.

Se irá tu población delirante
arrojando sus redes contra el cielo,
atrapando peces de luz en fuga,
huraños planetas, rubias estrellas.

Algún día tu grey, Valparaíso,
algún día tu población oceánica
levará anclas hacia el infinito,
partirá con sus humeantes sueños
hacia las direcciones del delirio.

Algún día no estarás, Valparaíso,
algún día regresaré a mis lares,
y tus acumulados navíos
se habrán ido, se habrán esfumado,

habrán roto sus roídas amarras,
e irán por la estepa oceánica.

Ya no estarás allí, puerto querido,
y la novia que esperó en tus balcones
veinte años el regreso prometido,
y la anciana que lloró en tus playas
oteando el horizonte esfumatorio,
y las calles donde gasté mis días,
y los muelles donde encontré a mi madre,
ya no estarán, se habrán diluído.

Y mil años erraré por las costas,
y mil años llamaré en los dialectos,
y mil años diré al viento las claves,
y mil años nadie responderá
mi clamor de náufrago en la geografía,
y mil años enloqueceré gritando
por mi perdido hogar, Valparaíso.

II

T e m u c o

18. Padres araucanos

Temuco el hermético nombre
 urdido de aromas araucanos,
 refulgiendo en la secreta noche
 de copihues ensangrentados,
 de sangre de guerreros pálidos,
 de sangre de héroes enterrados.

Inútil entrar en tu densidad
 de caudal atmosférico tronante,
 y no caer en tu corriente
 de extrañas fuerzas vegetales
 tirando tu corazón al corazón
 de muertos caciques tribales.

Un misterio de nombres en el aire,
 un misterio de abruptos fonemas
 desatando su pedrería
 de sonambulares estrellas,
 entrelazando rojos copihues
 a una sombría cabellera.

Padres de oscura prosapia real,
 padres de enmarañadas diademas
 teñidas de rojos, de rojos zumos;
 padres de desgarrada nobleza,
 de hierática apostura clavada
 contra la noche imperecedera.

Padres de imperturbables rostros,
 padres de dolor no restañado,
 erguidos aún en la espesura,
 rotos e intactos vuestros retratos
 en los ríos de ávidas alas,
 en el trueno de piedra sonando.

Temuco los secretos nombres,
 Temuco el caballo, los grises centauros,
 Temuco una carga de rostros
 en la espesa niebla desgarrados,
 Temuco los héroes silvestres,
 Temuco los padres araucanos.

19. De prisa, hermanos

Rápido una estrofa
de choroy concatenado,
rápido un haz de versos
de sílabas del Cautín,
una agrícola rapsodia
de volátiles piñones,
frescos, redundantes
de idiomas de la tierra.

Una canción, una canción
de selvático líquen
pronunciando las edades,
de la fonía del Puelche
un áspero poema,
una ruda retahíla
de silvestres fonemas.

Rápido, rápido, un son
de inaudita voz gutural,
una estrofa de kultrún,
un puñado de sílabas
del agua torrencial,
una ritual argumentación
de gargantas mapuches.

De prisa, de prisa, hermanos,
de prisa volcán, arroyo,
de prisa erecta araucaria,
de prisa puma pastoral,
un haz de consonancias
asomando su rusticidad,
rápido, rubio quillay,
de prisa, hermano Cautín.

Rápido, cerro Ñielol,
hermano Catrileo,
nevado Llaima, de prisa,
rápido, una canción,
una rapsodia de temos,
una aromática estrofa
difundiendo su asonación,
rápido, de prisa, hermanos.

20. Lluvia de ceniza

Mil años esperarán mis manos
la lluvia de ceniza,
mil años estos volcanes
callarán su secreto,
y nadie sabrá qué pasó,
nadie entenderá la sangre.

Mil años escucharéis
los murmullos en la floresta,
mil años el viril laurel,
y el roble pellín gigantesco,
y el canelo sacramental,
y los líquenes enmarañados,
y los copihues testimoniales,

mil años, madre Araucanía,
mil años sus calladas voces,
su sigiloso desplazamiento
por el taciturno follaje,
su fantasmal presencia errando
con los manes de su pueblo.

Pueblo de impenetrables rostros,
pueblo de desgredados cabellos,
pueblo de vegetal linaje,
pueblo de lenguas de la tierra,

¿no es cierto que por Pitrufrquén,
no es cierto que por Conguillío,
que entre Lautaro y Vilcún,
que de Carahue a Temuco,
que de Perquenco a Traiguén,

no es cierto, no es cierto, pueblo-laurel,
pueblo-mañío, pueblo-pellín,
no es cierto que en torno a Cunco,
que alrededor de Pucón,
que en el lago Calafquén,
que en Quitratúe, y en Llanllán,
que de Pallaco hacia el mar,

no es cierto, padres de piedra,

padres de recio clima austral,
no es cierto que la Araucanía
aún su patria, su amoroso hogar?

¿No es cierto que por los senderos
de la selva patrimonial,
no es cierto que por la espesura
de la patria vegetal,
no es cierto que por las frondas
de la maraña ancestral,
ellos, tus silenciosos hijos,
tus guerreros de indómita virilidad?

Veo su presencia relampagueante
cruzar las jornadas de la lluvia atroz,
veo su cabellera de lianas
ocultarse en el follaje filial,

escucho sus movimientos de puma
deslizar sus ingrátidos pasos
en la inhóspita espesura sacramental,

y es sólo el viento montañés
acribillando de fríos cristales
el vacío poblado de ausentes,
el escenario de tácitos rostros.

La Araucanía vital palpitante
de húmedos aromas vegetales,
cerrada en su hermético silencio.

Y mil años esperarán mis manos
la lluvia de ceniza,
mil años estos volcanes
callarán su secreto.

21. Princesa araucana

Dime tu nombre,
joven princesa araucana,
dime tu nombre
oloroso a madera,
oloroso a tierra negra.

Dime tu nombre
de silvestre aroma,
dime tu nombre
urdido de laurel,
tejido de emanaciones.

Temprano despertó tu pueblo
de su brumoso sueño,
y reunió en la aurora
las sílabas del bosque,
los ruidos de la floresta.

Un trozo de selva eres,
una cascada de plata,
los dialectos de los ríos
de tu patria procelaria,
todas las lenguas del agua.

Susúrrame tu nombre,
joven princesa araucana,
arómame de helechos,
lléname de los perfumes
de tu olorosa patria.

Lléname de emanaciones
filtrando sus misterios
en la secreta floración
de tu patria florida,
joven doncella.

Dime tu nombre
de telúricos sonidos,
tu nombre de raciales hebras
conectadas a las raíces,
joven princesa araucana.

22. Virgen del agua

Una virgen de agua auroral,
una doncella de puro rocío
detenida en la espesa embriaguez
de su sonambular danza.

Clavada a la tierra oscura
como un árbol ceremonial
Cimbrando su cabellera,
sacudida de ímpetu subliminal.

Sobre su humedecida espalda,
la maraña de su cabellera
ondulando su gracia vegetal
entre los dedos del viento.

Rígida doncella alboral
de agua sacral elevada,
virgen de secular prosapia
sumida en tu ritual embriaguez,

contigo quiero dormir un sueño
de cientos de años de lluvia,
de vendavales de nieve y espinas,
de cataclismos volcánicos,

contigo quiero sumergirme
en el meteórico subsuelo,
y derramar mi existencia
en tu existencia inmemorial.

Virgen de reunidas aguas,
doncella de follaje ritual,
en tu danza de terrestre embriaguez
quiero detener mi ciclo terrestre,
y hundir mi ser en tus raíces
regresando al agua natalicia.

23. Noche austral

La noche austral,
sus alas de luto,
su vuelo ceremonial
cayendo de la inmensidad
sobre Temuco.

En un sueño vas,
en un espeso sueño
como en un río caudal
de turbia agua lunar
llena de muertos.

No despiertes, no,
no abras tus ojos
en la noche de carbón
girando sin duración
y sin retorno.

No preguntes, no,
no sepas los nombres
de los que en tu corazón
laten, y que con tu voz
sacuden la noche.

Fría noche austral,
noche de difuntos
girando en la eternidad
por un río circular
de insepultos.

Quiénes, quiénes, di,
quiénes los guerreros
fluyendo dentro de mí,
por el río sin fin
de mi sueño.

Quiénes, noche austral
de alas de luto,
sollozan su orfandad
en mi sueño sin final
bajo Temuco.

24. Danza mapuche

Lo que sea tejido por tus manos,
lo que tus dedos artesanales
desenreden del aire, del sueño,
de la lluvia, de la espesura,
o lo que dancen tus grávidos pies
prisioneros en el haz de arpegios
de un ensimismado instrumento...

Finos los cabellos de la aurora
enredándose a tu alrededor,
aprimonándote en su capullo
como a una mariposa de destellos
incendiándose en su propia luz,
refulgente en su ritual sacrificio.

De dónde más, de qué otra comarca,
de qué otra región del planeta
sino de aquí, donde la estampida
de la lluvia en el aire se agolpa,
y pareciera que una multitud
de atmosféricas flechas repetidas,
sobre la oscura vagina terrestre
su simiente eléctrica derramara.

Pero dánzame tu danza, doncella,
gira sobre la húmeda hierba
con tus prodigiosos pies desnudos,
desenreda del silvestre instrumento
su secreta música cautiva,
teje y destéjete en tu capullo.

Pues lo que sea tejido por tus manos,
y lo que tus dedos de hilandera
desenreden cantando del sueño,
o lo que tus pies innumerables
dibujen en el telar del aire,

¿de dónde más, de qué alborada,
de qué otra espesura planetaria?

25. Alborada austral

Tarde amanece
 en el invierno austral
 de mi patria volcánica,
 tarde rompió la luz
 la barrera de escarcha,
 y ahora el día yergue
 su invernial apostura,
 pisando con sutiles pies
 el blanquecino escenario,
 resquebrajando cristales.

A la nevada altura
 del llaima dormitante,
 subió primero el alba
 con blancos corceles,
 y desde el atalaya
 de augusta somnolencia,
 derramó opaco fulgor
 sobre el letárgico suelo.

Patria de espesa trama
 tejida de austral rigor
 sobre aromado detritus,
 patria de titanes verdes
 atados a la negra entraña,
 antes que tu sacro suelo
 fuera profanado,
 antes que tus aguas puras
 fueran mancilladas;

patria de hirsuta melena
 por copihues llamareada,
 patria de glaucas pupilas
 por el cielo lacrimadas,
 patria de puma y laurel,
 de águila y araucaria,
 húmeda de reciedumbre
 en tu salvaje orfandad,

bajo el aguerrido brillo
 de la Cruz del Sur,

tu noche combada gime
grávida y equinoccial,
remecida de planetas
remotos penetrándote,
púdica y generatriz
en tu atávico misterio.

Y ahora la alborada
rompe el gélido cerrojo,
y te cubre de su luz
pálida y letárgica,
se abalanza aleteando
desde los altos torreones,
y sacude tus campanas
de sangre pecioladas.

Tarde, tarde amanece
en el invierno austral,
tarde mi patria augusta
desperezó sus pumas,
y un taciturno pueblo
de prosapia silvestre,
emerge somnoliento
de su gredoso capullo.

26. Tocara, Arauco

Tocara, Arauco, mi retina
 tu luz prístina quebrantada,
 tocara la crisálida
 de tu muchedumbre tribal
 emergiendo a la vida,
 saliendo del árbol-volcán,
 naciendo de la ceniza.

Pisara, Arauco, mi pie
 tu ruda alfombra entretejida,
 y estallara tu sagrada flor
 pura aún en la enramada,
 llameando su vegetal libertad,
 adherida al tronco estamental.

Llegara de pronto un guerrero
 de mineral y arcilla a mi puerta,
 llegara un guerrero de cuarzo,
 un guerrero de oscuro basalto,
 y pronunciara su nombre,
 dijera la lengua de la tierra,
 letras de arcilla entretejidas.

Madre de cepa inaugural,
 madre de torrenciales maderas,
 Madre-Toltén, Madre-Cautín,
 Madre-Caburga, Madre-Calafquén,
 llegara el toqui ante mi puerta
 y pronunciara su nombre,
 y la selva, los mañíos,
 y volcanes su llamarada,
 y todos, todos los ríos.

Tocara, Arauco, tu luz
 auroral, tu luz erecta
 mi retina con su fulgor,
 y encegueciera mi ser,
 encegueciera mis números,
 encegueciera mi entendimiento.

27. Nupcias silvestres

A la caída del sol
desposaré tu cuerpo.

A la caída del sol
mis besos te asediarán,
y en tu boca caerán,
joven doncella mapuche.

Me inclinaré a la tierra,
y morderé tus frutos
de polen y greda.

Desnudaré tus senos,
y mis labios dementes
libarán la ambrosía
artesanal del peumo.

Y me iré por tus ríos
hacia tus rudas tierras,
y oleré en tu ribera
los perfumes de la selva.

A la caída del sol,
en la oquedad de greda
desposaré tu cuerpo,
silvestre doncella.

Junto al rumor del Cautín,
bajo el aire trémulo
de planetaria tensión,
sacudiré tu pubis,

y un pueblo natural
celebrará las nupcias,
soplando en la cavidad
de mágicos caños.

Penetraré en el musgo
de humedad vaginal,
y un hijo taciturno
emergerá del barro.

Y será pueblo del pueblo,
y cántaro de greda,
y flor de tu floración,
y retoño de la tierra.

A la caída del sol
desposaré tu cuerpo,
joven doncella mapuche.

28. Temuco

Estelar congregación
de planetas fosforescentes
gravitando con su peso
de volumen sideral,
sobre una áspera región
de frías hostilidades.

El mar arrecia en olas
y enerva sus crestas
arrojando en el viento
su galope suicida.

Tierra adentro la astronomía
circula por veloces ríos,
y azules espejos
capturan astros errantes
y los ahogan en bruma.

Como invencibles setas
saltan de la tierra oscura
los olorosos poblados:
Galvarino, Traiguén, Tirúa,
Carahue, Vilcún, Perquenco,
Chol-Chol, Tricauco, Quino,
Curacautín, Ñancul, Licanray,
Panguipulli, Lonquimay, Lanco...

Temuco, en tu noche estelar
apaga la aguerrida lluvia
Todos los gritos antiguos
bajo tu suelo enterrados.

El viento cordillerano
corre por la alta atmósfera,
y arranca frías estrellas
a la alta constelación.

He aquí la muda ciudad
sepulta en un hondo sueño
de madera, o piedra sepulcral.

Sólo el viento y la lluvia

golpeando la arquitectura
con su furia secular.

Nadie, ninguna voz,
ningún humano plañir
por las calles desnudas.

(Aquí vivió, aquí su infancia
circuló la geografía,
y amó a su institutriz
de húmeda poesía).

El agua arrecia en olas
de atmosféricas bocanadas,
y conmociona los sueños
de austral travesía.

(Nadie lo vio, nadie supo,
nadie escuchó su timbre
de pluvial melancolía
entre tanto gemido).

Si escucháis en el viento,
si detenéis la lluvia
y separáis sus hebras,
sólo el lamento del agua.

(Nadie lo ve, nadie advierte
su sombra fantasmal
con su dolida voz
cruzar bajo la lluvia).

Es sólo el vendaval,
es sólo el gorjeo
metálico de la lluvia
llorando por las calles.

Sólo las voz de la lluvia
del invierno austral.

29. Huellas perdidas

Irrenunciablemente vago,
Temuco, por tus calles,
irrenunciablemente busco
incontrables señales.

Un pájaro, una flor de luto,
una raíz del árbol filial.
Un pájaro con mi idioma,
una raíz de color terrenal.

Una raíz ramificada
por los vientos de la tierra,
por los ríos vagabundos,
por las rutas del planeta.

¿Las he perdido aquí, donde el agua
repite interminablemente
su inconsolable endecha,
las perdí aquí, mis huellas terrestres?

¿Fue por Holandesa, di, ciudad,
fue por Pedro de Valdivia,
fue por Hoffstetter, por San Martín,
fue por Lautaro, o junto al Cautín?

¿Fue en el cerro Ñielol, Temuco,
fue en su enramada salvaje?
¿O en tu dormido cementerio?
¿Fue entre tus muertos ceremoniales?

¿Qué perdí por tus calles australes?
¿Qué, por tu densa enramada?
¿Qué no encontraré jamás, Temuco,
vagando hasta la madrugada?

Y vago irrenunciablemente,
y grito bajo la lluvia
un nombre, tal vez, una señal,
una raíz que no hallaré nunca.

30. Lautaro

Un jinete de niebla e intemperie,
 un jinete de exhalación y fulgor
 con su séquito de águilas y pumas
 por las secretas rutas sin rastro
 de la desgredada Araucanía.

Un jinete de iracundas tinieblas,
 un jinete de congregadas centellas;
 de irreductible corazón latiendo
 el mismo latido que la tempestad,
 el salvaje latido de la lluvia.

Por las desamparadas comarcas
 de los bosques cruelmente violentados,
 por las vejatorias cicatrices
 con saña exterminadora inferidas,
 por los matorrales de ruda trama
 sosteniendo aún el embate homicida,

un jinete de iracundo rostro
 galopando sin freno en el viento,
 erizado de gritos y proclamas,
 lleno de volcánicas hostilidades
 en la madrugada de niebla fantasma.

Del Bío-Bío a la depresión central
 de precipicios en el mar encallados,
 de la dentadura granítica
 a la costa de arrecífica amenaza,

una sombra de niebla e intemperie,
 un fantasma de siglos transcurridos
 soliviantando aún sangre tribal
 en su reducto de arcilla congregada,
 trémula bajo el hierro fulgurante.

Un jinete de implacables lanzas,
 un guerrero de proteica aparición.
 Lautaro, joven caudillo araucano.
 Lautaro, antorcha de la insurrección.

31. Galope incendiario

Toda una larga noche de puñales
esperaré en la espesura de niebla
tu galope centelleante, padre,
toda una larga noche desgarrada
por aullidos de lobos patrimoniales,
inmóvil en tu veloz itinerario.

Nadie más que estos ojos insomnes
verán cruzar tu ráfaga de hogueras,
incendiando de ensangrentados copihues
en su reguero escarlata Arauco,
nadie más que este espectador oído
escuchará latir tu sordo galope
y tu propagación de dentelladas.

En un arrebato de leones,
en un arrebato de ásperos siglos
infructuosamente transcurridos,
tu viejo pueblo elevará la cerviz,
y saltará sobre su propia sombra
bajo tu mando de capitán silvestre,
padre de altivo linaje, Lautaro.

Tu pueblo desperatá del alcohol,
despertará de número y alfabetos,
despertará de códigos y vestes,
y el árbol secular, el árbol-climas,
el árbol testimonio de sangre,
el árbol trueno resonará su nombre,
y tu nombre manantial, Lautaro.

Toda una larga noche de pumas,
una noche de difuntas doncellas
esperaré en la espesura del tiempo
tu galope de siglos desterrados,
de infructuosos siglos-calendarios
atravesar Arauco con su incendio,
y sólo estos ojos desarraigados
verán tu figura patriarcal, Lautaro.

Ulises Varsovia

Nací el 2 de julio de 1949 en Valparaíso, cuyo mar y sus tempestades marcaron definitivamente mi persona y mi poesía.

Estudié varias asignaturas humanísticas, y trabajé en tres universidades, tanto en historia como en historia del arte, al mismo tiempo que escribía poesía. En 1985 salí a doctorarme a Alemania, y como mi mujer es suiza, pude trabajar y quedar-me en San Gall, ciudad en cuya universidad hago un par de lecciones.

He publicado 28 títulos de poesía, cinco de ellos en Chile, y tres dedicados a Valparaíso, el último: **Hermanía: La Hermandad de la Orilla**, en Apostrophes de Santiago (www.apos.cl). El libro más antiguo que he publicado es **Jinetes Nocturnos**, de 1974, pero tengo otros inéditos más antiguos. En 1972 publiqué un cuadernillo, Sueños de Amor, que circuló sólo entre amigos.

Me han publicado más de 70 revistas de literatura de todo el mundo, en varios idiomas, y repetidas veces, y estoy en numerosas páginas web.

En agosto del pasado año salió a la luz en Sevilla, España, mi libro de poemas **Anunciación. Ángeles y Espadas**, publicado por la Asociación Cultural Myr-tos. Esta misma entidad acaba de publicar mi **Antología Esencial y Otros Poemas (1974-2005)**, que incluye dos poemas de cada poemario publicado, es decir, 52 poemas "esenciales", y tres poemas de 12 libros inéditos, lo que hace un total de 88 poemas. Lo último mío aparecido es Vientos de Letras, también antológi-co, en colaboración con el poeta andaluz Alexis R., editado por Myrtos.

De los 28 poemarios publicados, sobresalen **Jinetes Nocturnos**, de 1974/75 , **Tus náufragos**, **Chile**, de 1993, **Capitanía del Viento** , de 1994 , **El Transeúnte de Barcelona** , de 1997, **Madre Oceánica, Valparaíso**, de 1999 , **Mega-lítica**, de 2000, **Ebriedad** , de 2003, y la **Antología Esencial**.

<http://ulisesvarsovia.tripod.com>

www.ulisesvarsovia.ch

